



## ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO

CON muy buen acuerdo, los Sres. Valera y Campoamor han publicado, en un tomo elegante de la casa Sáenz de Jubera, su ya famosa polémica acerca de la Metafísica y la Poesía. La cuestión principal, pues hay muchas secundarias, accesorias é incidentales, consiste en averiguar si la metafísica y la poesía tienen utilidad ó no la tienen. El Sr. Campoamor, que es el que sostiene la utilidad de tan grandes cosas, tendrá que confesarnos que la poesía no sirve, por lo menos, para ser senador por la Universidad de Oviedo. Muchos catedráticos de esta escuela, algo metafísicos y *poéticos* algunos, con el rector y el decano á la cabeza, quisieron, contando con la aquiescencia del Sr. Cánovas, también algo poeta, que el Sr. Campoamor representara en el Senado, como hombre ilustre por sus letras y natural de Asturias, al primer centro docente de la provincia. Pero el señor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
'odo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pidal, que no es nada poético, y se va olvidando de su antigua metafísica, creyó que á una Universidad le cuadraba un senador que no fuera ni bachiller, y escribiese *tube*, así, con *b*, mejor que un vate ilustre como D. Ramón. Y dicho y hecho: Campoamor, por disciplina, no se presentó siquiera; y el barón, con *b* también, de Covadonga, salió triunfante de la urna académica, demostrando la inutilidad de la poesía y de la metafísica.

Estas bromas, que en el fondo son algo tristes, no huelgan por completo aquí, porque algunos de los argumentos de Valera se parecen al de la senaduría, y no lo negará él por cierto. Hay muchas personas, las más, que aunque otra cosa crean, no son capaces de reconocer lo serio como no vaya con uniforme; en cambio, los pocos que le tienen afición verdadera, y de amarlo viven, lo reconocen, por misterioso atractivo, debajo del disfraz más caprichoso. Valera y Campoamor son dos de los españoles más seria y profundamente preocupados... no (no es esta la palabra), interesados, por las grandes ideas, por la verdad y la belleza puras: y sin embargo, á muchos no se lo parece, porque dichos poetas no se deciden jamás á prescindir de su ingenio cuando escriben.

Que el que no tiene gracia escriba sin ella, no la tiene. Es absurdo pensar que el hombre soso,

vulgar, que no puede llevar á los asuntos que trata más que lo que ellos dan de sí, posee, sin más que esto, una ventaja sobre el hombre ingenioso, que tiene el cerebro lleno de prismas, como los ojos de ciertos bichos, los cuales, merced á las facetas de su órgano visual, en vez de ver un solo mundo miserable, como nosotros, contemplan miles de mundos que resultarán maravillosos.

Toda inteligencia refleja la realidad, y el que va á estudiar la realidad en la inteligencia ajena, se engaña si cree que allí puede encontrar más que el reflejo... que á su vez es una realidad como otra cualquiera. La luz se refleja en un pedazo de vidrio plano, y se refleja en un riquísimo brillante; pero ¡de cuán diferente manera! ¿Es que nos engaña el brillante dándonos el reflejo deslumbrador y de colores? Tan de la luz es, al tropezar con un brillante, producir aquellos efectos mágicos, como el repetirse tontamente, y debilitada, en un vidrio roto.—El que vaya á estudiar metafísica y estética de la poesía en la polémica de Valera y Campoamor, sin haber visto la luz directamente, sin saber por su cuenta de estas cosas, gritará, como han gritado ya algunos: «¡engaño! ¡trampa! ¡falta de formalidad!» No es la primera vez que se les encara á Valera y á Campoamor uno de esos críticos que luego lo dejan, para decirles que no son polemistas serios.

D. Francisco Giner, que es un verdadero filósofo, un sabio tan serio como puede serlo el que más, y goza de un espíritu tan flexible como se necesita para comprender y sentir las cosas profundas que dan interés real á la vida; Giner ha dicho hace mucho tiempo, juzgando uno de esos libros de filosofía genial, casi humorística, de Campoamor, que es preferible, con mucho, de muy superior enseñanza, el estudio de este subjetivismo de un pensador poeta, al estudio de cualquier exposición de segunda mano del sistema filosófico más *formal...*, pero probablemente no menos subjetivo.

Así es la verdad. Esa filosofía de *hacer oposiciones*, ó de llenar revistas, pocas veces es digna de una atenta lectura siquiera; á las primeras de cambio se nota la falta de originalidad, la rapsodia, y, lo que es más grave, la ausencia de riguroso método. Esos autores serios—hoy generalmente positivistas ó neoescolásticos—á pesar de toda su seriedad, suelen comenzar por el *medio*, por una petición de principio, dando por *convenidas* muchas cosas que sería necesario mostrar y demostrar; y viendo y considerando todo esto, el lector *foncièrement* serio y atento á la verdad, ya se desanima y deja de esperar cosa alguna verdaderamente científica; y con esto y la falta de amenidad que suele acompañar á tales *estudios* formales, basta para que se doble la hoja y aquel día

se haga lo que Francesca y Paolo con el libro de Galeotto, aunque por motivo muy diferente.

No hay tal peligro en la polémica de Campoamor y Valera. Desde luego se ve que aquello no es ciencia, ni pretende serlo: y en cambio es vigoroso ejercicio intelectual y donosísimo alarde del ingenio en las más nobles y delicadas regiones del espíritu.

Lo que Renan hace, él solo, en sus famosos ensayos de *dialogismo*, lo hacen Valera y Campoamor entre los dos, repartiéndose los papeles; pero no como sofistas ó comediantes, sino contando cada cual con el *color del cristal* por donde el otro mira, y teniendo en cuenta, al resumir las de la discusión, lo que pudiéramos llamar la *tara* de su jamás negada personalidad literaria, cuyo peso ya saben que el lector discreto ha de descontar al poner en la balanza de su criterio los argumentos de una y otra parte.

Si Campoamor y Valera, en su graciosa y *sugestiva* discusión acerca de la utilidad de la metafísica y la poesía, se hubieran ido derechos *al bulto*, no hubiéramos tenido grandes novedades científicas, porque la cuestión, planteada directa y exactamente, tropieza pronto en afirmaciones opuestas, que obedecen á sendos sistemas filosóficos, cuyas capitales cuestiones no pueden tratarse en esta particular materia, sino en la general del funda-

mento metafísico; y lo que sería peor, no hubiéramos podido saborear los *matices* de los episodios y de las digresiones en que han lucido Valera y Campoamor su ingenio, su travesura, su profundidad *humorística* como pensadores; y Valera, además, una escogida y razonada erudición en lo que podría llamarse, usando un modismo que acaso sedujera á la señora Pardo Bazán, la *sismología* filosófica.

No negaré que á veces las paradojas de Campoamor pasan de castaño oscuro, ni que las perífrasis de pensamiento de Valera á ratos impacientan al lector más benévolo, dando ocasión, por ejemplo, á cierta frase que yo hube de emplear, no recuerdo cuándo ni dónde, y que Campoamor y Valera se lanzan, como pelota, uno á otro, por cierto que transformándola un poco. Yo había dicho, tal creo recordar, que á veces parecía que los dos insignes escritores se hacían los tontos; y ellos, por boca de Valera, acaban por maliciar que pueden llegar á serlo de veras. Téngolo por imposible; y aunque para mí es una honra muy grande haberles servido de mingo en varios pasajes de su polémica—á Campoamor singularmente,—no quiero dejar sin protesta lo de tenerlos yo, ni en hipótesis, por tontos. Ellos son los que, alambi-cando, han llegado tan cerca de esa disparatada conclusión; pero no yo, que si alguna vez me meto

en sutilezas, no ha de ser para poner en duda la agudeza de dos de los españoles más listos que conozco.

Entre las personas discretas é ilustradas que ya han juzgado la polémica de los ilustres académicos, merece particular consideración doña Emilia Pardo Bazán, la cual, aunque de sobra perspicaz para saber *transportar* á su verdadero sentido la discusión famosa, á veces olvida que lo principal aquí es el *juego* como *juego*, la *gimnástica* de la fantasía asesorada por el estudio, la reflexión y el sentimiento; y toma las cosas al pie de la letra y en un tono impropio del caso.

Pero aunque así sea, no cabe negar que á veces, aunque sin *humor* ni gracia siquiera, doña Emilia tiene razón contra *ambas* partes; por ejemplo, cuando se trata de la comparación del verso y de la prosa. En este punto yo suscribo cuanto dice doña Emilia, y no es ésta la primera vez que lo suscribo; pues su misma doctrina, aunque expuesta con peor estilo, la tengo yo hace tiempo estampada en un folleto dedicado á estudiar cierta apología de la poesía... en verso, del Sr. Núñez de Arce.

En efecto, tiene razón la escritora gallega; la prosa no siempre sirve para escribir comunicados, mensajes parlamentarios, anuncios y cosas por el estilo; la prosa á veces sirve para escribir los *Diá-*

logos de Luciano ó los de Platón, el *Quijote*, la *Tentación de San Antonio*, *El Genio del Cristianismo*, ó *Pepita Jiménez*; y en estos y otros muchos casos, las buenas palabras, aun sin consonante ni ritmo regular y ostensible, son algo mejor que perlas en una cazuela y esas otras pequeñas que quiere Campoamor.

Para concluir, diré que el Sr. Valera ha enriquecido la polémica al publicarla en un libro, con notas de mucho interés, y merece particular mención la que dedica á un libro español, titulado: *Filosofía de lo maravilloso positivo*, cuyo autor, el Sr. Sánchez Calvo, es todo un pensador, que sabe escribir con gran amenidad y saca fruto de muchas y variadas lecturas. Por cierto que el señor Valera me ha ofrecido hablar largo y tendido del libro del Sr. Sánchez Calvo, y todavía no ha cumplido su promesa.



## NOTA BIBLIOGRÁFICA

(Julio, 1889)

El año pasado (1888), por IXART.—Barcelona.

MIENTRAS la mayor parte de nuestras capitales de provincias mandan á Madrid casi toda la fuerza intelectual y artística de su genio, y se quedan, con pocas excepciones, en manos de medianías, modestas ó no, bien halladas con pensar y sentir poco y atrasado; mientras la misma Sevilla vive soñolienta de recuerdos algo mustios, Barcelona, que no parece España, florece en letras y en cuanto las ayuda (material ó moral), sería y trabajadora, legítimamente enamorada de sí misma, para animarse con este amor propio, tan fecundo cuando es de todo un pueblo, á nuevas empresas, á más esfuerzos, á más rica y variada vida.

Por lo que toca al pensar, y al escribir, y al amar y buscar las obras que deben su belleza al hombre, Barcelona, además de cultivar sus propios *fueros* artísticos y científicos, y trabajar en la historia reflexiva y documentada de su actividad poética, en todo lo que llaman algunos autores alemanes *lo pragmático*, y en la de su tradición poética y científica, y además de procurar enriquecer estos caudales con una viva y vigorosa literatura regional contemporánea, atiende con intensa atención, y sin pereza para procurarse los medios de atender, al movimiento general de la cultura, y no sólo á la literatura nacional, sino á ese otro elemento, cada día más importante, del espíritu científico y artístico cosmopolita, mejor, de universalidad intelectual, que, como el del derecho, también universalizado, va extendiendo su influencia irresistible cada vez á más objetos, cada vez á más países.

La serie de *cronicones* literarios, artísticos, científicos, y aun algo más, que desde hace tres ó cuatro años viene publicando con tan buen éxito el muy discreto y elegante escritor barcelonés señor D. J. Ixart, es una buena prueba, por dos conceptos, de este adelanto envidiable de la cultura en la capital catalana. Cada año, la Barcelona activa en las artes liberales da ocasión al Sr. Ixart para escribir un libro bien abultado, repleto de asunto,

no como tantos otros donde las ideas y las narraciones ó descripciones de cosas interesantes recuerdan los garbanzos de la olla del famoso Cabra, aquellos tristes garbanzos que naufragaban en un mar de caldo. No: no flotan en un mar de palabras los sucesos importantes de la vida del arte ó de la ciencia en Barcelona, que sirven de exclusivo tema á estas colecciones del crítico barcelonés.

Mas no se entienda que tales libros, si avaros de palabras, por llenarse con hechos, no abundan también en ideas. Estas crónicas de Ixart son obras de verdadera crítica muy *á la moderna*; y éste era el segundo concepto por el cual *El Año pasado* del distinguido colega catalán me parecía buena prueba de lo que vale y adelanta la Barcelona que estudia, medita y saborea el arte. En efecto: es el Sr. Ixart un crítico que revela en cuanto escribe, no sólo un talento notable, un juicio y un gusto espontáneos y equilibrados, seguros y amplios, sino cualidades del ambiente intelectual en que vive, las cuales lleva como pegadas al cuerpo de su estilo, y nos hablan de una seria cultura, de un razonado criterio *moderno*, de una educación armónica, de relaciones constantes con la civilización más perfeccionada de los centros europeos; todo lo cual el individuo, por mucho que valga, no puede adquirirlo por sí solo; y con te-

nerlo, nos indica que en rededor suyo hay elementos suficientes que le permiten asimilarse la sustancia de esta clase de vida.

Y cuenta que yo concedo mucho, en un hombre como Ixart, al esfuerzo espontáneo, puramente individual, y aun en muchas cuestiones de ideas y de gustos, podríamos encontrarle luchando con gustos y con ideas predominantes en su pueblo; pero con todo esto, al brillar, para provecho de su fama, como escritor seriamente instruído, sincero, franco, sencillo, perspicaz, tolerante y experimentado en la observación y el gusto, brilla también para honrar á su patria, á la que mucho debe, de lo que en la educación y en el roce constante de la vida social sirve para preparar el florecimiento de esta clase de facultades y dones del espíritu. Además, no está solo Ixart, ni con mucho. Son varios los críticos catalanes *nuevos* que podríamos ofrecer como la nata y flor, en este orden, de una cultura fuerte, expansiva, activísima, entusiástica; rueda engranada ya en la gran maquinaria de la vida nueva del mundo propiamente civilizado, y que es movida por el motor universal que algunos españoles desdeñan, y que es el único que tiene fuerza suficiente, por la solidaridad del mecanismo, para llevar por el camino del progreso la pesada masa de los pueblos perezosos.—Sí: en estos escritores catalanes, en los de esta clase, se nota

*algo* que parece *extranjero*, y que se ve en muy pocos de las otras tierras españolas, aunque sean superiores á los catalanes por otros respectos.—Yo, que no soy etnógrafo ni por asomos, y en punto á los orígenes, caracteres y movimientos de las razas no sé más que cualquiera de esos señoritos que suelen hablar de estas cosas en los Ateneos, por haber leído lo que debe leer toda persona medianamente culta; yo, que no podría jurar, ni demostrar llegado el caso, que somos los habitantes de esta Península tan negramente africanos como pretenden algunos escritores, v. gr., el muy discreto portugués Oliveira Martins, no vacilo en confesar que me parece muy verosímil esta teoría de *lo bereberes* que somos por acá, cuando considero los muchos resabios que nos quedan del clásico *orientalismo* que se cifra, para nosotros, en el placer paradisiaco de vivir echados á la bartola, cuidando tan sólo de no perder este sello nacional que tan bien nos sienta y tanto nos distingue. Todos los inconvenientes y defectos que de esta pereza nacional se originan, vienen á dar, de reflejo en reflejo, de influencia en influencia, á nuestra política, á nuestra religiosidad (no á nuestra *religión*, que no es nuestra, y es otra cosa), á nuestras costumbres de la vida ordinaria en sociedad, á nuestra literatura y á nuestra... ciencia, como si dijéramos. Pues bien: estos críticos catalanes de ahora se diferen-

cian de sus congéneres de Castilla, por regla general, en parecer menos... *berberiscos*; en recordarnos más la actividad formal é inteligente de la Europa occidental que las vaguedades poéticas del *dolce far niente* orientalesco, agravado de un tinte africano, que hemos convenido en atribuir como *característica* al genio de nuestra raza. Estos críticos son menos españoles que nosotros, y de camino son menos holgazanes.—En el Sr. Ixart, como en el Sr. Sardá, como en el Sr. Opisso, por poner pocos ejemplos (1), se nota, á poco que se les lea, esa influencia, para mí, en general, saludable, de lo que podríamos llamar las modernas *humanidades* francesas; influencia que en escritores tan instruídos y discretos no es absorbente, exclusiva, ciega, sino que les deja libre el criterio para juzgar y comparar, y meter también los ojos del alma en lo que hacen los ingleses, los alemanes, los italianos, los rusos, los americanos, etc. Para encontrar en la crítica *castellana* conocimientos de tal extensión y la lucidez que engendran, es necesario elevarse á los maestros, á los Valera y

(1) El Sr. Peres, que acaba de publicar un excelente libro de crítica, merece ser citado en esta ocasión, pues pocos tan aplicados y sensatos como él. Y si bien no es catalán, según tengo entendido, en Cataluña vive y se educó, y por cata'án de espíritu podemos tenerle.—Otro escritor que á éstos se parece es el Sr. Altamira, de Alicante, de quien he de hablar mucho algún día.

Menéndez y Pelayo; pero es claro que no es con éstos con los que yo quería comparar ahora á *mis* catalanes, sino con otros que no se crearán menos que Sardá, Opisso, Ixart, etc., y que no lo son en muchos respectos, pero sí en éste de la cultura, de la comunicación constante con el movimiento intelectual del extranjero, mediante estudio atento, bien guiado, reflexivo, y cuidadoso de la necesaria, indispensable selección que, como en tantas otras cosas, no puede faltar en ésta, sin graves perjuicios, estancamientos y podredumbres.

Entusiasmarse hoy con el krausismo, mañana con el positivismo; ser ahora idealista en el arte, luego naturalista, y andar yendo y viniendo de todo á todo, de aquí para allá, no es dejarse influir y robustecer por los cuatro vientos del espíritu, sino dejarse llevar como arista ó vana pluma por el primer soplo de aire que pase. Pero, en fin, no se trata aquí de insultar á nadie, y recojo velas y me concreto al Sr. Ixart y á su libro.

Todo lo que este tomo y los anteriores, y otros escritos públicos y privados del Sr. Ixart me han hecho pensar y sentir, no he de decirlo ahora, sino cuando escriba el largo *estudio ó ensayo*, que estoy rumiando, acerca de la crítica moderna, principalmente en España y en Francia. Allí tiene el autor de *El Año pasado* su puesto correspondiente, como lo tiene Armando Palacio, por ra-



zón de su prólogo de la preciosa novela *La Hermana San Sulpicio*. — No extrañe, pues, Ixart no ver aquí un examen más detenido de su talento, de sus opiniones y tendencias en la crítica. Sin esta aclaración, no sería injusto pensando mal de mí al ver que no digo lo que de fijo sabe él que tienen que haberme hecho reflexionar sus artículos y sus cartas. Ya sé yo que él sabe que yo sé, no flaquezas suyas, sino excelencias de su espíritu.

El año 1888 fué de excepcional importancia para Barcelona, gracias á la Exposición universal; y era asunto obligado para Ixart en su crónica este famoso concurso que tanto honra á su pueblo, pues el escritor polígrafo tenía que recoger muchas notas de tan solemne manifestación de la actividad humana. Pero además del asunto que indirectamente le ofrecía la Exposición, como tal, se encontró con materia para varios artículos en cierto género de fiestas de la inteligencia que sirvieron de digno acompañamiento y oportuno adorno al gran alarde industrial. Las sociedades científicas, literarias y artísticas celebraron sesiones memorables, en que se discutieron graves asuntos de su incumbencia respectiva; se dieron conferencias por autores más ó menos ilustres, y, lo que interesa más, en días de gala se oyó la voz de los prohombres españoles que, como si también asistieran

á un concurso, fueron dejando en Barcelona ecos y recuerdos de su elocuencia y de sus conocimientos.— Añádase á esto que el género literario más propio de estas grandes reuniones de los pueblos, el género *social* por excelencia, el *teatral*, también aprovechó la ocasión para presentar sus atractivos al público numeroso y ávido de emociones gozadas en común; y todo ello tenía que reflejarse en el libro de Ixart, si había de ser fiel á su propósito.

Por esta misma abundancia de materias, y por cierto como *bullicio* que todavía parece escucharse por aquellas páginas tan llenas de resonancia, de óperas, dramas, discursos, concursos, etc., etc., tal vez no es *El Año pasado (1888)* el tomo de la serie más á propósito para conocer bien á su autor y para juzgar á Barcelona en circunstancias ordinarias.

Sin embargo, en toda clase de asuntos está Ixart *todo él*, y en una de estas clases está Barcelona como suele ser; esta última clase es la que corresponde á la crítica de las obras literarias catalanas del año último; aquí no se trata de la Exposición, ni de su influencia (fuera de alguna excepción), sino del natural movimiento de este renacer de las *letras regionales*, por el cual Barcelona se muestra legítimamente orgullosa.

El Sr. Ixart es en este punto uno de los críticos más dignos de ser leídos, por quien quiera cono-

cer, sin miedo á exageraciones en ningún sentido, el verdadero valor de la literatura catalana actual. Es imparcial nuestro escritor, sin dejar de ser patriota; es competente; sabe lo que es en su pormenor, que no es tan fácil estudiar como parece, la historia de las letras de su patria; penetra con intensidad el *valor local* de aquella poesía; pues es claro que entiende y *siente* de veras el catalán (¡cuántos no podremos decir jamás lo mismo, al menos sinceramente!), y es ésta condición indispensable para tal empeño; y además aplica al juicio de las obras que producen sus paisanos un criterio ilustrado con la meditación y la erudición necesarias para comprender en su generalidad los problemas estéticos.—En Ixart, gracias á este *cosmopolitismo* del gusto, no encontraremos uno de esos fanáticos del regionalismo artístico, que son verdaderas plagas en todas las *regiones*. Para él rara vez serán admirables esas medianías provincianas que el convencionalismo de los patriotas del cantonalismo literario quiere imponernos como portentos de ingenio y de sabiduría.—No diré yo que todos los escritores catalanes que, siguiendo la corriente, Ixart alaba mucho, valgan tanto como él dice; acaso se deja influir un poco en esto por la opinión predominante en su tierra; pero, en general, es justo, es prudente, rebaja lo que hay que rebajar, sin hacer alarde de esa frialdad y sequedad de es-

píritu que algunos críticos creen indispensable para repartir premios y castigos debidamente.

Diré que en otras dos clases de asuntos se ve á Ixart, como es ordinariamente, sin salir de este tema del año excepcional para Barcelona. Una de esas clases es la que comprende los trabajos académicos de los mismos catalanes, la que contiene las conferencias dadas por Ixart en círculos notables de aquella capital acerca de asuntos de estética.—Esta parte de su libro es la que más me ha llamado la atención y la que me ha sugerido las reflexiones que van al principio respecto de los críticos *nuevos* barceloneses. Asimismo, de ella trataré lo más de cuanto he de decir con respecto á nuestro crítico cuando tome en consideración sus doctrinas y tendencias al examinar las variaciones de la crítica contemporánea.

Lo que anticiparé aquí es la alabanza que Ixart merece por sus opiniones, y por los razonamientos en que las funda, acerca de las artes particulares y su respectiva *substantividad* que exige conocimientos y gustos especiales. Este punto del especialismo técnico es de mucha importancia, y entre nosotros nunca se insistirá bastante en distinguir asunto de asunto, arte de arte, pues la general ignorancia y la despreocupación, su hija natural, arrojan á muchos á las vaguedades de la *crítica recreativa*, á la confusión de los tópicos pseudo-

filosóficos de estética general; y así, v. gr., es lo más frecuente oír hablar de música aplicándole el tecnicismo de la pintura, y viceversa. Menéndez y Pelayo, en el hermoso monumento, que así puede llamarse, que está levantado á la erudición española con su *Historia de las Ideas estéticas en España*, comprendiendo lo mucho que importan estas distinciones, insiste una y otra vez en examinar la riqueza y variedad de la estética, y en poner de relieve lo complejo y difícil de su estudio, si ha de ser serio, pues exige especiales conocimientos y experiencias de artes diferentes, los cuales, sin perjuicio de sus principios comunes, puede decirse que son otros tantos mundos bien distintos. Ixart, con originalidad y fuerza de argumentación, trata esta misma materia y otra que con ella se da la mano, que viene á ser la misma, mas no ya referida al filósofo de la estética y al crítico del arte, sino al mismo artista; por ejemplo, al pintor que en el cuadro aspira á algo más que al elemento plástico propio de su material, y atiende á lo que puede llamarse la pintura literaria. Esta cuestión tan interesante de las relaciones de las artes, que por diferentes respectos ha merecido llamar la atención de escritores como Taine, Hanslich y tantos otros; que es una de las de más actualidad, pues llevan hacia ella el interés del público: los músicos que pintan, los escritores que pintan tam-

bién, los músicos que filosofan, etc., etc., la estudia Ixart con un criterio prudente, ilustrado y de gran lucidez, estableciendo todos los distingos necesarios, pues no puede resolverse tan de plano como parece. Es fácil hacer lo que hace Taine, por ejemplo, y con él tantos aficionados de la pintura; no ver en ésta apenas más cualidades que las que se refieren á lo que es su *característica*, sin duda, en el arte. Más fácil, y de peor efecto todavía, es echar por el atajo opuesto, y, con pretexto de que alguien ha dicho que la pintura es romántica, pedirle más *idea* y más *infinito* y más *clair de lune* de los que, en efecto, tolera su condición; pero lo más difícil, y lo único justo, es no exagerar ninguna de estas tendencias, reconocer á cada cual sus títulos y razonar el por qué de este temperamento, que no es un eclecticismo, ni menos un término medio, abstracto, matemático, sino obra de una estética más profunda, más prudente, más filosófica en suma, que la que inspira los extremos señalados. Es claro que Ixart no se detiene en este punto todo lo que la importancia de la cuestión exigiría en un *Tratado* de estética de las artes, en el capítulo de sus relaciones; pero lo que apunta sobre el caso me parece que revela la seguridad, fijeza y amplitud de sus ideas respecto de la expresión de lo bello por el hombre, según los distintos medios inventados; y ciertamente tan de-

licado asunto es de los de prueba para penetrar si hay en un escritor sistema, verdadero sistema, de crítica de arte; y en Ixart pienso que se encuentra tan rico venero. Por último: la tercera clase de artículos que nos dejan ver en el *El Año pasado (1888)* al Ixart de siempre, no al que trata, por ocasión excepcional, de cosas muy lejanas de la crítica literaria y artística, es la que tiene por objeto examinar lo que han dicho y hecho, principalmente dicho, en Barcelona, los personajes españoles que la visitaron durante su famoso *Concurso*.

En este particular, tendría que detenerme mucho más de lo que consiente una nota bibliográfica, para explicar por qué me parece mal algo de lo que el crítico catalán dice de algunos de nuestros *oradores*, y por qué me parece muy bien lo que dice de otros, v. gr., del Sr. Romero Robledo.

Es más fácil estar de acuerdo en las doctrinas que en el juicio que merecen las personas. El señor Valera me escribía en cierta ocasión: «Si usted y yo hiciéramos un catecismo de estética, lo haríamos muy semejante, y, sin embargo, al juzgar á los poetas, novelistas, etc., casi nunca estamos de acuerdo». Como el Sr. Valera sabe mucho y vale mucho, y yo no sé ni valgo nada, es claro que el catecismo de la estética que escribiéramos los dos no podría parecerse tanto como él dice; porque el suyo sería bueno y lo publicaría, y el mío, que te-

nía que ser malo, empezaría por no escribirlo; pero lo que sí es cierto, es que al juzgar á los poetas, nos separamos muchas veces más que lo blanco de lo negro.

La aplicación de la crítica al juicio de las obras individuales, sobre todo de las obras de los contemporáneos, es como la política con relación á la ciencia del derecho político. Para juzgar á los artistas, especialmente á los de nuestro tiempo, y en particular á los de nuestro país, hemos de tener en cuenta multitud de consideraciones de *oportunidad*, propiamente *política*, que no todos entendemos de igual modo. Y véase el ejemplo: unos creen que se debe estrechar la manga para los maestros, y después dejarlos que ellos se hagan su crédito futuro; y en cambio abrir la manga para los aprendices y tragárselas como puños, y ponerlos por las nubes por lo pronto, para que todo el mundo los vea. Otros creen que se debe medir por un rasero á todos, y que el defecto que se encuentra en un artista insigne debe ponerse á la vergüenza, y aprovechar la ocasión para decirle al tal señor, por si está engreído, que originariamente todos somos iguales..., etc. Hay otros... y otros muchos criterios, entre los cuales está el que yo sigo, y por haberlos, resulta que muchas veces los que piensan lo mismo de una doctrina, piensan de modo muy diferente al aplicarla á las obras de un autor.

El Sr. Ixart, que piensa de Romero Robledo lo mismo que yo (no se olvide que el Sr. Romero Robledo, buenos ó malos, *pronuncia* discursos, y es, por consiguiente, *autor y artista* á su modo), y es casi seguro que piensa lo mismo también del Sr. Bosch, por ejemplo, ya se va por otros senderos cuando se trata del Sr. Cánovas. No me lo niegue; el Sr. Ixart admira á Cánovas como orador. Bueno: yo no. Adelante. El Sr. Ixart también admira á Castelar...; pero, después de admirarle, dice tales cosas de él y de su discurso de Barcelona, que me demuestra que el crítico barcelonés..., ante todo, tiene mucho talento, es perspicaz, y sabe hacer distingos en la punta de una aguja (*habilidad indispensable para administrar justicia crítica*), pero que, lo que es á Castelar, no le ha comprendido.

Fijese el Sr. Ixart en que, hasta ahora, no he hecho más que reconocerle méritos; desde luego supondrá que no ha de parecerme perfecto. Pues bien: las cualidades que yo creo que le faltan al Sr. Ixart para ser un modelo de crítico *moderno*, son las que me parecen necesarias para apreciar á Castelar en todo ó en casi todo lo que vale como artista de la palabra hablada.

Cuando yo vuelva á tratar del escritor barcelonés, en el ensayo, tres veces anunciado, sobre la crítica moderna, hágame el favor el Sr. Ixart de

acordarse de lo que ahora indico, y allí verá cómo y por qué entiendo que á él, y á otros de su tierra, les falta un poco más de corazón, un poco más de fantasía, un poco más de flexibilidad del gusto, y otros *poquitos más* de varias quisicosas, que sentarían de perlas, acompañadas de las muchas buenas cualidades que tienen, y que yo para mí quisiera.